

Gloria Díez

Inocente ceniza

Prólogo e ilustraciones
Giovanna Benedetti

EDICIONES DOCE CALLES

© Gloria Díez

Diseño e impresión de este volumen: Doce Calles S.L.

ISBN: 978-84-9744-202-2

Depósito Legal: M-31114-2016

Printed in Spain

ÍNDICE

- 9 Prólogo. De la poesía como ritual de
encantamiento. *Giovanna Benedetti*

PARTE I

- 17 Transgresión
18 Debo pedir perdón
20 Nunca debí cruzar
21 No quise...
22 Con el mismo nenúfar
23 Y tú, Gerardo
24 Palomas
25 Magnolio
26 Pámpanos del otoño
27 Tríptico

PARTE II

- 31 Tartessos
32 Regreso a casa
33 Valeria
34 Lanzas
35 Literatura
36 Curare
37 Soneto de otoño
38 Escorial, duro y hondo

40	Naranjas
41	Canción para una mujer muy vieja
42	La verdad
43	Mirar de frente
44	Basta que pase el tiempo
45	Aria
47	Si los ojos pudieran
	PARTE III
51	Visión oscura
52	En el andén del Metro
53	Vuela la niebla
54	Trabajos y días
55	Fuga. Coda
57	Sábanas
58	Furtiva
59	Nombres de Gloria. <i>Laureano Albán</i>
61	Nota biobibliográfica

DE LA POESÍA COMO RITUAL DE ENCANTAMIENTO

«Lo bello es el comienzo de lo terrible
que todavía podemos soportar»
Rainer María Rilke

Algo me dice que, para devanar el ovillo de esta hermosa madeja de versos, no bastará con tirar de la cuerda que amarra el tejido por dentro. Gloria Díez ha escrito un poemario que se mueve sobre una maroma, y al vértigo que acompaña la voluntad del trayecto, hay que sumarle ese efecto de asombro que impone la revelación de lo terrible.

Lo terrible –dice Schelling– «es aquello que, debiendo permanecer oculto, se ha revelado». Es la ruptura que avizora la fascinación de lo inefable y desata el desasosiego. Es esa 'transgresión' que agrieta la visión limitativa de 'los ojos mortales' y aspira a lo sublime. «Transgresión», que aquí no sólo da título al poderoso poema inaugural del libro, sino que otorga a la voz poética 'el pan y la palabra', no sin antes desafiar al 'rojo arcángel', que es 'guía y guardián del bárbaro camino'.

En *Inocente ceniza* hay múltiples imaginarios. Palpita por todo el libro un afán de trascendencia, de unir los fragmentos de la memoria prohibida; un deseo de rebasar el límite, de aclarar lo confuso, de escapar a ese 'gris' que 'tuvo tratos con el blanco y el negro', y poder armar un entramado de figuraciones seminales, como esa del 'viejo cónsul' y la 'Ceres soberana', o la que guiña el ojo al poeta Gerardo Diego, o bien aparece en el poema «Visión oscura».

En la forja de este poemario parece entrar por todas partes una segura necesidad de resguardarse de lo siniestro, de lo fatídico, de lo que acecha oculto. De ese 'tigre doble' que habita la 'sombra del

crepúsculo'... y al que la poeta planta cara en 'feroz, /altiva vela'. Las imágenes sugerentes, lo que no se cuenta, lo que se dice sin decirlo, es de gran importancia en el trasfondo retórico. Allí se esconde su velocidad, su impacto, su precisión, la intensidad misma, como cuando ese encuentro con el 'tigre doble' se combina con un atrevido visitar el continente del límite: un continente que parece desplazarse a modo de iceberg aguardando su emergencia por los fondos del abismo, cada vez que lo poético amenaza con cumplir su faena de unificar los fragmentos.

La condición transgresora del verbo (declarada desde el inicio) consigna una vocación disidente que aspira a compaginar algunos mundos oficialmente disímiles. Se trata de una prevaricación consciente que sobrepasa las leyes del hábito, a la que Díez apuesta de oficio, pero no como trinchera sino como desarraigo.

Tal manifiesto le permite la creación de un espacio alterno. Un espacio en donde cada circunstancia es vista a través de un paneo cinético que integra la amplitud del absurdo, de lo irónico, de lo fútil, mostrándonos desde cada rendija una imagen centralizada y única.

Las contradicciones de lo real, por doquier percibidas por la autora, imponen a su verso ese constante empleo de la antítesis que irrumpe, algunas veces abruptamente, otras desde una sutil ironía, pero siempre desde el fondo que instaura un permanente enfrentamiento entre los mundos binarios de la muerte y la resurrección.

Gloria Díez vive muy hondamente ese recogimiento de los fragmentos. Ya en su anterior entrega poética, *Dominio de la noche* (Doce Calles, Madrid, 2012), esos mismos imanes constructivos: el recuerdo, el olvido, la fuga y la apariencia aterradora de lo inmensurable, anunciaban lo que en *Inocente ceniza* se completa y amplifica para acabar circulando como en una escalera de caracol, donde el descenso hacia el abismo y la ascensión hasta lo numinoso, se encuentran y colisionan en una enigmática intimidad.

Así vemos el poema llamado «Regreso a casa», en donde: 'el pozo y su agua densa/exorcizó el recuerdo/mortal en mi garganta', que parece estar estrechamente vinculado con su deseo de «desendemoniar» la memoria, pero además con la avidez de no dejar escapar ninguna

contradicción sin decirla y sin buscarle un sentido recóndito. Y es que la ruptura está aquí por todas partes: surgiendo desde la angustia, desde la ironía, y aún desde una profunda y paradójica realidad, donde el absurdo se manifiesta como una rendija para 'mirar de frente/a los árboles mudos/y escuchar cómo fluye/su armonía serena'.

Cuando dice: 'La vida ante el tablero/blanco y negro del tiempo/ juega, azul, con la muerte./Multicolor la muerte, /la dama silenciosa/ de los ojos vacíos...' , no es cosa de simetría retórica sino hilvanes de esa paradoja en bulto que se fusiona en un edificio inconmensurable: el monasterio de El Escorial, donde '...los ecos/de tanta luz,/ de tanta luz/hermana de la sombra', crean una suerte de respiración propia y donde al decir del *Parcifal* de Von Eschenbach (que la autora regala por epígrafe): «el poder de esta piedra el fénix arde y se convierte en cenizas, pero las cenizas le dan vida otra vez».

Sabedora de la gran afirmación de Novalis de que todo lo visible descansa sobre lo invisible, Gloria Díez –que no se desperdicia en menudencias– sugiere al lector las claves de una original retórica fáustica que funciona literariamente como un ritual de encantamientos, serpenteando justo al filo entre el resplandor y la sombra: allí donde la ceniza emprende su función litúrgica de «escoria purificadora», y la «inocencia» –esa que se usa para desnudar el alma– aparece aparcada entre versos, como una bisagra de ascesis capaz de abrir todas las puertas.

Giovanna Benedetti
San Lorenzo de El Escorial,
marzo de 2016

PARTE I

«Se llama *lapsit exillis*. Por el poder de esta piedra el fénix arde y se convierte en cenizas, pero las cenizas le dan vida otra vez. Así el fénix muda y cambia su plumaje, que después es luminoso y brillante y tan precioso como antes.»

Wolfram von Eschenbach, *Parzival*, pp. 251 y ss.

TRANSGRESIÓN

Yo, que vi lo innumerable:
la belleza prohibida
a la torpe codicia
de los ojos mortales,
y oí el canto
primero del pájaro,
elevándose tenue,
como un rastro de humo,
antes de amanecer.

Yo, que herida, estreché,
bajo un cielo de furia y estrellas,
en abrazo mortal, al rojo arcángel
guía y guardián del bárbaro camino.

Yo, que fui sometida,
a la brillante lengua
de la hoguera
y nací en una aurora
de inocente ceniza:
con el pie en el estribo,
y el rostro contra el viento,
reclamo, para el viaje,
el pan y la palabra.

DEBO PEDIR PERDÓN

Dijeron:

«Todo está fragmentado y confuso.
Eso es ser moderno»

Debo pedir perdón
a los graves doctores
que pueblan con sus gritos
los cónicos aleros
de la modernidad.
Mi corazón (¡oh Dios!)
no está confuso:
herido sí,
pero certero y claro.

Una mujer que hace temblar
su imagen
en el agua de un pozo
o el fondo de un espejo,
dice saber qué debo
o qué no debo hacer.

No escucharé su voz,
leve como un encaje,
lejana como un eco,
pero astillar el vidrio
me daría tan solo
su rostro fragmentario
y recurrente.

Perdonadme por fin,
he vivido en un mundo
donde habita el sentido,
donde el gris, tuvo tratos
con el blanco y el negro.